

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.
NÚMERO EXTRAORDINARIO.

NÚMERO 219

Madrid Diciembre de 1894.

OFICINAS FACTOR-7.



CALUSTOPIA E. PORTABELLA

ZARYOZZA

UN SUEÑO DE MURILLO



por el roce de su vestido al desaparecer tras los corridos y espesos cortinajes que velaban las puertas. De tiempo en tiempo, aprovechando las ausencias del padre, llegaba una señora de aspecto respetabilísimo, y á solas con los niños le acariciaba y regalábales dulces y juguetes: era la abuela; la cual se iba furtivamente, del mismo modo que había llegado.

Aquel género de vida, aquel voluntario retiro y apartamiento del mundo, minaron la salud de la desdichada.

—Ah! pensaba él; cuánto mejor hubiera sido crear un hogar legítimo, fortalecido con los puros afectos de la familia y de la amistad, viviendo á la luz del sol, paseando por las calles á su mujer y á sus hijos y sin tener de qué avergonzarse.

Su unión ilícita le había proporcionado todos los quebrantos é incomodidades del estado matrimonial y ninguno de sus inefables gozos.

Y ahora aquella mujer se moría, y el amor á los hijos impulsábale á casarse *in articulo mortis*. Pero... y si se salvaba... y si vivía! Ligados por el vínculo eterno, ella reclamaria sus derechos de esposa, y él tendría que buscar un lejano rincón de la tierra, donde nadie la hubiera conocido, para establecer allí su hogar y su familia, sin temor á las indiscreciones y sin que el espectro de lo pasado se levantara de continuo ante sus ojos.

La muerte podía desenlazar la unión tan violenta; pero él no la deseaba para la mujer á quien había amado y amaba con locura... Y así, resuscitando olvidadas memorias, poniendo en una balanza las razones en contra y en pro, que él mismo se refutaba, entregado á un combato moral, en el que, vencedor ó vencido, era la derrota segura, dejó pasar las horas, y ya claraba el día cuando el criado le anunció la llegada del sacerdote.

El salió del despacho y entró en la alcoba de la moribunda; ella, consumida por la fiebre, que daba á sus ojos extraordinario brillo, por un último rasgo de coquetería femenil, propio de la mujer hermosa, que cuida de su postura y de su elegancia hasta para entregarse á la muerte, habíase arreglado para la ceremonia con un blanco peinador de seda, guarnecido de encajes. El tocador estaba convertido en altar, improvisado á la ligera, y cuatro bujías, en candeleros sobre torcidos, alumbraban una copia de la Concepción, de Marillo, que representaba á la divina Madre con la rubia cabellera suelta, movida la blanca túnica, el manto azul agitado por el aire y pronto á desprenderse de los hombros, entre coros de ángeles, que volando á su alrededor, la acompañaban en el glorioso tránsito á la morada celestial.

Dos amigos, llamados para presenciar el matrimonio, manteníanse á discreta distancia, detrás del sacerdote.

Los niños, madrugadores como los pájaros, habían entrado sigilosamente en la alcoba, y medio ocultos por las colgaduras de la cama, se ocupaban mirando con ojos asombrados las negras figuras del sacerdote y de los testigos, la cara entristecida del padre, el trasfigurado semblante de la madre doliente y el altar improvisado sobre el tocador, cuyas candelas se reflejaban en el azogado cristal del espejo. La niña tenía una muñeca cogida por los pies y cabeza abajo, y el niño estrujaba con su mano derecha la pelota que le servía de proyectil contra los soldados de plomo.

El hombre se acercó al lecho de la enferma; ella se sonrió dulcemente y comenzó la sagrada ceremonia, que el ministro del Señor abreviaba cuanto le era posible.

Cuando preguntó: —¿La quieres por esposo?— ella contestó sí con voz, aunque débil, segura; pero cuando preguntó al hombre: —¿La quieres por esposa?— él no acertó á responder, y guardó silencio.

La enferma le dirigió una mirada suplicante, con suprema angustia, y murmuró de modo que él solo la oyese: —No temas... (Te juro que voy á morir!

El sacerdote repitió la pregunta, y él,

resuelto y grave, replicó sí, *quiere*. Y la bendición nupcial unió aquellas dos almas, ya que los cuerpos iban á separarse por toda la eternidad.

La enferma tomó una mano de su marido, inclinó el rostro sobre ella y sus labios le oprimieron con larguísimo beso: él, inmóvil, no se atrevía á retirarla; pero al cabo de unos momentos notó que cesaba la suave presión de los labios, y con la mano que conservaba libre echó hacia atrás la cabeza de su mujer: estaba muerta.

Entonces, con acento indefinible, pronunció esta sola palabra: —Viejo!— ¡Quizá la postrera exclamación de su egoísmo, ahogada de seguida en los sollozos que subieron á su garganta! Y viendo á los niños, espantados y trémulos, les hizo arrodillarse cerca del lecho, diciéndoles: —Hijos míos, llorad y rezad por vuestra madre!

La muñeca y la pelota cayeron al suelo, y los niños, arrodillados, juntaron

IN ARTICULO MORTIS

La enferma, cerrando los ojos, dejó caer la dolorida cabeza sobre la almohada; él la besó en la frente, y con paso lento y silencioso, para no turbar su descanso, salió de la medrosa alcoba, donde ya se sentían los alfileres de la muerte.

En la pieza contigua jugaban una niña y un niño; ella, de seis años, rubia, sonrosada, con los ojos azules, ocupábase en vestir y desvestir una muñeca; él, de cinco años, robusto, moreno y con el pelo y los ojos negros, divertíase en alinear soldados de plomo, que luego derribaba disparándoles una gruesa pelota. El hombre les acarició tiernamente, diciéndoles al propio tiempo: —Jugad, hijos míos; pero no hagáis ruido. Mamá duerme.

Y él siguió, y entró en su despacho, sentóse en el sillón de tallado roble, apoyó los codos en la mesa, cargada con libros y papeles; el rostro en las palmas de las manos, cubriéndose los ojos, como para aislarse del mundo exterior y concentrar sus pensamientos, y meditó, meditó largamente, sin apercibirse de que caía la tarde, de que la estancia se llenaba de sombras y de que las últimas claridades del crepúsculo se fundían en la oscuridad de la noche.

Un criado colocó en la mesa una lámpara encendida; pero él no debió advertirlo, porque no hizo movimiento alguno.

Pensaba... ¡ah, sí!... pensaba en la mujer enferma. ¡Qué hermosa era cuando la conoció! ¿Cómo, dónde? Apenas se acordaba: ella era algo pecadora y él desenvuelto vividor; un baile de máscaras, una cena, un encuentro en la calle los había reunido, estrechándose la pasión carnal, y el nacimiento de la niña le decidió á vivir en compañía de la madre, creando un hogar y una familia legítimos. La suya, honrada y severísima, trató de apartarle de aquel capricho juvenil; pero él estaba elegantemente enamorado, desoyó consejos, despreció amonestaciones y súplicas, y no volvió al hogar paterno.

Luego que la pasión fué calmándose vió el abismo en que había caído: él podía vivir con aquella mujer en el misterio, en la soledad, ignorando de todos; mas érale imposible hacer ostentación de su dicha. Cuando alguna rara vez salían juntos, ella no alzaba los ojos del suelo, y él fijaba los suyos, con arrogante expresión de desafío, en los transeúntes, antojándosele que éste se sonroja, que aquél le miraba con desdenosa lástima, que uno le señalaba con el dedo, y que otro cuchicheaba al oído de un amigo, refiriéndole, sin duda, historias alegres, intimidades y secretas desnudeces de la mujer que se apoyaba en su brazo. Celos furiosos retrospectivos, celos de lo pasado le atormentaban y le mordían el corazón.

Ya refugiados en la casa... ¡qué tempestad!... ¡qué inferno!... Y no podía quejarse: ella habíasele ofrecido tal como era, y así la aceptó; de nada tenía que reconvenirle, pues el amor la purificaba, convirtiéndola en madre cariñosa y ejemplar. Ella acabó por no salir á la calle, por no asomarse á los balcones, por clausurarse en retirada habitación para no ser vista de los que visitaban á su amante, y era como una sombra, siempre en acecho, siempre fugitiva, cuya existencia sólo se revelaba

justo á un guiño, ó crezco, ó avefianco, ó frondoso nogal, halló fresco y escuadada mansión en lo cercano, donde suelo entregarme á la lectura si un libro, tal cual vez, llevo á la mano.

Acudo á prevenirme de escopeta porque llegan amigos, y con brío iremos á ojear la casa inquieta; disputando, al volver, si el tiro impío que al ganado llevó metral recorta, fué el de otro caador, ó si fué el mío.

Salgo de vez en cuando con mi gente á buscar en un valle acubra grata, y allí, á mi voz, la mano competente de viejo mayoral, junto á una mata, humbre dispone y al caldero hirviente va la torta concha, que desata

en sencillos troncos, y con carne de ave, ó de conejo, ó de liebre, el asitoso garpacho pastoril seca suave, acuelento, riquísimo, sabroso, que comido en el campo, ya se sabe, es manjar de los dioses delicioso.

Aquí, en fin, en morada sin revases, por la paz y el contento enriquecida, al cuidado de propios intereses, de pobreza monje sólo melida, pasó á gusto las horas y los meses y cobijó salud y esta es mi vida.

Aquí, desde no de tiempos más remotos un Herodes de Liria mandó al paso, si es verdad, lo que dice textos rotos, si pueblo más antiguo que hay, acaso, entre tantas de orígenes ignotos como España contiene en monte y raso, recordé que tu escudada persona (la que más que al trabajo y la tristeza se voló al capricho que la corona, para lampura de barro, fué torpeza llenarla con la luz de que blanca el alma que te dió Naturalista).

evaría tal vez... ¡si Dios fuese! ¿Quién en tiempo de plagas averigua el escudo que en que se esconde aquel que, más al negro en la manigua, no halla aguijón que va su afán no aldea, y ya en ciudad moderna, ya en antigua,

vive como el reptil, celebrando, mientras tiene salud, tanto sin tasa, de estación á estación siempre saltando, y así, cual avefianco, la vida pasa, acudiendo á su hogar de vez en cuando, tan solo á hacer constar que tiene casa?

¿Quién sabe en qué país de mastodontes no de metal, pero de miedo rico, (1) albergado por sanos horizontes leerá la Biblia ó bailar el zortico? (Si estuviera, cual yo, sobre altos montes y pudérale hablar de pío á pío!...

Llegó en este mi papel que me trae nueva grata y suave consoladora, por saber que tu espíritu aun vivía y hasta así se llegaba, en esta hora en que va por doquier la muerte impía, satisfecha en su empresa y vencedora.

Si no desiras de está, tu vida atesta con un foto de carta á que responde, por la cual te describo en unas crocetas —paraje abrupto, de bellenas moedas— que me hacen, ¡ay!, lanzar tristes protestas, pensar muy lejos y sentir muy honda.

En la región del águila y las nieves, en cálido país de ruiseñores; arriba, los estíos pasan breves; abajo, el sol derrama sus ardores. ¡Vé y pregunta á las arañas, si te atreves, dónde yace mi casa, envuelta en flores!

Adiós, di á ese país de albos cajales, de bellena sin par, de dulces calma, donde ostentan sus frutos y follajes el granado, y el níspero, y la palma, que aun más ojos dibujan sus palcajes y resonan sus ecos en mi alma.

No prosiga, que ya con puma escudo del Parnaso las cantares. Si entre nieve mi envejecida alma halla regato, y por rosillos á escribir se atrevo, si lo que escribo no alire malo, menos malo será que en mi letra.

Adiós, y la vida más vive. Quítrale el cielo, con aserrio y propicio y tolerante. Es preciso vivir, que en esto suelo aun tenemos que hacer algo importante. ¡Ah! Que me escribas, aunque fuere al vuelo, sé feliz con los tuyos, y adelante.



ya viendo cómo el agua va á la vega, ya, sin saber si son pecos ó arañas, tras de insectos acuosos; ya en brega porque halló un caracol entre las cañas.

Miro, al amanecer, cuán atarosa va la grey montaria, con pie ligero, triscando donde ve hierba jugosa; mientras en otro lado considero cuál se visten de pimpama ostentosa las vidias que yo puse en el otro.

Me acorco al colmenar, y oigo un zumbido que me denuncia pueblos industriales; el monárquico enjambre ha ocurrido tras del sector floecido romerale, y cuando esté el trabajo cocinado la fábrica dará ricos panales.

Ya contemplo la alfombra carraquesca que cubre el monte; el roble y la sabina; el oloroso enebro y la calarocha jara, que con alán corta y hacina toco pastor, para servir de leña en el redil la rústica cocina.

Ya en la vega, cuajada de verdura,

DE NAVAMARÍN Á ESPAÑA (1)

Ma preguntas, Antonio, té que moras en ese olán que á vagar convivia, cómo paso escondido aquí las horas con un monte tréfoso por guarida. ¡Búsquenos del mundo onghadores! Té te convencerás: éya mi vida.

Occulto entre unos cerros, derivados de la Sierra Morena, circuido por extensos y fértiles collados, tengo un aliego y espacioso nido donde me paso días suagueros cuando puedo en el ocio hallar descuido:

—¿dónde está estación un encanto ofrece en privilegio y levas naturalera; ya en otoño, en que aquí la vida crece, porque el ganado su bollir empieza, ya en verano, en que el aran te adormeco y convita al reposo y la perota.

Allí, por Mayo, téna la mañana te brinda por desquiar grates grates, con olor de tomillo y majoretas; subo á un cerro, y suban, si te acomen, las perdices al valle, en caravana, y en hualadas, al cielo, las palomas.

—¿Es que el invierno crudo se aviesna? No te importe, por frígido que sea; en el monte hay abrigo. —(El sol declina y vas envuelto en sombra hasta la aldea; para darie calce ante una encina en el hogar de inmensa chimenea.

—¿Qué, en aquellos sitios montanos, en los que el alma ve días secos, visiones de la guerra á buscar paces con gozos púesdo cuidado apenes, los púescos brío y fugados de la vida social óca de masos?

La codornis me llama, y me levanto á contemplar colajes matutinos; oigo mil pajarrillos que, estratando arman nombres ocultos árbolcs vecinos; de la tortola amante el dulce canto y del calero ruidoso los trinos.

Aquí veo llegar, casi hasta el muro, las perdices en bandos corredoras, en recinto de paz que hallan seguro sin tener de la para los horrores porque en este crecero yo procuro no hollar su libertad ni sus amores.

Oigo la fuente, donde luego juega su púdo, á quien las penas son extrañas,

LOS DOMINGOS EN LONDRES

No conozco nada más horrible. En todos los países de Europa, y particularmente en el nuestro, el domingo es el día más animado de la semana. Parece como si las poblaciones centuplicaran su vida y su movimiento. Y las grandes masas de gente, lo mismo de la que trabaja que de la que huelga, se echan á la calle ávidas de diversiones, con hambre de esparcir y de distraer el ánimo de la monótona ociosidad ó de la labor diaria.

En Londres sucede todo lo contrario. Sus seis millones de habitantes desaparecen los domingos como por ensalmo y prestan, con su ausencia, á la gran ciudad, el aspecto desolador de un inmenso cementerio, por cuyas calles solo transitan contados guardianes.

Aquellas vías, tan ámpilas como insuficientes para la circulación de los días de trabajo, se muestran los domingos desiertas, tristes, silenciosas, insoportables... Y la soledad desusada y sombría; la sorpresa de no escuchar más ruidos que los que producen los raros paseantes; el hallazgo casual de un polizeman que hojea aburrido una Biblia de bolsillo, falta de ocasiones en que ejercer su autoridad; la casi absoluta carencia de coches y la clausura de las tiendas; el ambiente mismo en el que se echa de menos, al respirar, el sabor acre del carbón de piedra, que en los días labo-

rables materialmente se masca; todo esto, que aparenta ser consecuencia de la muerte repentina de millones de hombres, comienza por inundar de melancolía el ánimo del viajero, hasta llegar poco a poco a hacerlo pensar con defecación en el suicidio. Por escasa animación que haya en la eternidad, habrá más, seguramente, que los domingos en Londres.

Los teatros, museos, colecciones, comercios (menos los de bebidas y tabacos), todo permanece cerrado. Los trenes, que a millares cruzan, entran y salen diariamente en la gran capital, no suspenden su tráfico, pero lo disminuyen de un modo considerable. La nube de coches y omnibus que, a duras penas, recorre las calles entre semana, se convierte los domingos en media docena de vehículos que, sin conducir a nadie se pasean lenta é inútilmente. Los periódicos suspenden su publicación. El pan que se come es duro, como amasado el día anterior. Es de mal tono hacer visitas. El correo y el telégrafo enmudecen. Y hasta el ponerse enfermo en semejante día es imprudente, pues los médicos y sus cómplices, los boticarios, están también de huelga.

La palabra *spleen* nació en domingo, y se comprende que los ingleses padezcan tal dolencia, porque hasta los forasteros caen heridos por ella a los tres domingos de estancia en Londres.

Y lo peor es que el aburrimiento empieza el sábado a las dos de la tarde y no termina hasta el lunes por la mañana.

Para los españoles, que están habituados a la alegría de sus domingos, con toros y teatros, fiestas y paseos, es horroroso pensar en el domingo. Y se lo espera como una desgracia tremedable y fatal, surgiendo el pavoroso problema de no saber qué hacer durante veinticuatro horas. Casi resulta, y con esto está dicho todo, de la mayor amenidad, el oírse un par de misas mayores con sermón en inglés. Es, quizá, en lo que mejor y más divertidamente se puede pasar el tiempo.

Y si al programa dominical ordinario se junta la niebla ó la lluvia, entonces se llega a lo delirante. Hombre tan frío como H. Taine, se espanta, en su libro acerca de Inglaterra, de lo mismo que voy relatando, y afirma que... «no queda más recurso que la taberna ó la capilla, la embriaguez ó el sermón, la juerga ó la meditación...», únicos medios de olvidar el espectáculo de Londres en domingos.

Hay también quien asegura que está en vigor una disposición de la reina Victoria, que traducida al pie de la letra dice así:

«Victoria reina. Considerando sería y religiosamente que es para Nos un deber ineludible el dedicarnos, por encima de todo, a mantener y aumentar el servicio de Dios Todopoderoso, así como también a reprimir todo vicio, práctica profana ó inmundicia... prohibimos por la presente, a todos nuestros fieles súbditos, de cualquiera condición y calidad que sean, jugar el día del Señor á los dados, naipes y demás juegos de azar, en público ó privado, ordenándoles la asistencia al culto divino...»

Pero no se entusiasmen por esto los partidarios de la rigurosa observancia del descanso dominical prescrito á los cristianos.

Hay quien dice que á lo que los ingleses dedican el domingo es... á beber.

Lo cual no deja de ser una invención de malas lenguas: no porque los ingleses no beban los domingos, sino porque eso lo hacen durante toda la semana. Y para ellos, en ese particular todos los días son domingo.

ANTONIO CÁNOVAS Y VALLEJO.

ESTROFAS

de los villancicos que se cantaron en la santa iglesia catedral de la Puebla de los Angeles, en los milites solemnes de la Purísima Concepción de Nuestra Señora, año de 1599, compuestas por sor Juana Inés de la Cruz. (Reproducidas de la *Edición Menz*).

Dios el Génesis sagrado que fué creación del hombre la perfección de los cielos y el complemento del orbe.

Luego, pecando él, por fuerza todo el universal orden, aunque en las partes perfecto, quedó osanto al todo informe.

Mas preservando á María de los comunes horrores, Dios en ella restituyó al orbe sus perfecciones.

El todo del universo, que fué imperfecto hasta entonces, por su último complemento, su pureza reconoce.

No es privilegio de gracia la Concepción de María, porque habiendo de ser madre, se hizo la gracia justa.

Propio interés fué de Dios ser sin mancha concebida, porque ¿á quién le importó más el nacer de madre limpia?

La merced fué el escogerla; pero una vez ya elegida, era pundonor de Dios establecer su familia.

Quién la hizo Virgen y madre, por qué también no la haría hija de Adán y sin mancha, pues no es mayor maravilla?

Que en Adán pecaron todos, es verdad; mas no podía en la ley de los esclavos ser la Reina comprendida.

La soberana excepción de los reyes no se alista



en el padrón ordinario, que á los pecheros obliga.

«Escribenme mientras cante, que poco habrá que saber, pues lo que quiero decir es solamente su instante (1).»

Un instante es de verdad, pero tan privilegiado, que fué un instante en el todo de toda la eternidad.

Dios, que con un acto puro mira todo lo criado, del infinito pasado al infinito futuro.

Determinó en su poder, que todo lo considera, prevenir lo que no era para lo que había de ser.

Para su madre amorosa á María destinó, y al nacer la miró siempre limpia y siempre hermosa.

Pues en tanta dignidad ¿cómo cabe que se diga, que fué un momento enemigo, y anduvo una eternidad?

Que siendo siempre María, de toda mancha demandada, no cupo en su ser la duda, sino en nuestra grosería.

(1) Abate el primer instante del ser natural de la Virgen María.

de sus virtudes los ámbitos de la Península.

En sus predicaciones recorrió casi todos los pueblos de Andalucía, y en ellos dejaba siempre esparcida y arraigada la semilla de la verdad eterna.

El fervor y la inagotable piedad de Fray Diego, hizo también ir á Córdoba, en donde su evangélica palabra era esperada con general entusiasmo.

El 20 de Marzo de 1788 llegaba á Córdoba el religioso misionero, albergándose en el convento de su orden.

La plaza de la Corredera fué el principal lugar de sus apostólicas misiones, y el pueblo en masa acudía á oír su hermosa y evangélica palabra con tal fervor, que á veces, á pesar de la gran extensión de aquella, el espacio resultaba estrecho.

El ayuntamiento, de caso de dar al pueblo público testimonio de su fe y de su amor por las cosas divinas, en 23 de Marzo acordó que una comisión, compuesta de Caballeros Veinticuatro, accudiese al convento, y que con la venia del prior permitiese al reverendo misionero que les dirigiera una plática en la casa capitular.

Concedida ésta, convinieron en que tuviese lugar el 2 de Abril, celebrándose con gran solemnidad, en que el ayuntamiento fué á recoger al predicador al convento, bajo maza, clarines y porteros mayores.

Duró la piadosa plática más de dos horas, según los capitulares del ayuntamiento de aquella fecha, que dicen «causó común edificación en los oyentes, á juzgar por los semblantes, en que se manifestaba la más viva impresión de las doctrinas, excitaciones y eficaces palabras de tan ejemplar orador».

Terminada la plática, concedió, á las personas que se hallaban presentes, inimitables indulgencias que por la caridad y amor del sumo pontífice Pío VI estaba facultado.

Queriendo el ayuntamiento corresponder á las mercedes de que había sido objeto por parte del misionero, en capítulo del 4 de Abril acordó, en virtud de las facultades de sus especiales y antiguos privilegios, nombrar á Fray Diego de Cádiz por su teólogo consultor, con las preeminencias y prerrogativas que pueda conferirle, sin perjuicio del real patrimonio y aquellas mismas con que se honran y distinguen los Caballeros Veinticuatro, así como si fuese uno de ellos, para que tenga asiento en esta sala capitular y en todas sus funciones públicas y secretas, voto consultivo y el singular aprecio que se merece, con cuyos respetos se lo trate y profiera por los oficiales de este ayuntamiento, el cual nombra al Sr. D. Lucas de Góngora y Armenta por emisario, para que se sirva intimar á dicho M. R. P. lo acordado, y pedirle, de parte de la ciudad, admisión y reconocimiento, dignándose concurrir al primer Cabildo general.

Antes de salir de Córdoba el religioso Fray Diego, quiso por su parte expresar su reconocimiento para con el ayuntamiento de la atención en que quieren tenerlo, y para ello y con licencia del padre guardián, donó á la ciudad lo único que poseía, en demostración de su amor, que era el santo Crucifijo que traía y tenía en gran devoción, por ser el que siempre tuvo, á ser aya, el reverendo P. Fray Buenaventura de Urique, religioso capuchino de ejemplar vida.

Acceptada por el ayuntamiento tan inestimable reliquia, el Caballero Veinticuatro señor marqués de la Vega de Armijo, llevado de su piedad, ofreció una urna para la colocación de la santa imagen, y en ella conserva hoy el ayuntamiento de Córdoba aquel Crucifijo, que iluminara el entendimiento del apostolado, enardeciera su fe y arrancara de sus labios la persuasión, para llevar al pueblo por el camino de la piedad.

Al hacer este artículo, sacado de los documentos que se archivan en el ayuntamiento de Córdoba, no hemos querido más que dar á conocer la existencia de esta reliquia, no solo para que se conserve con veneración, sino también para que no se olvide, y se custodie como hasta aquí, con especial interés, por

ser de un hijo ilustre de Cádiz, que, por sus virtudes y santidad, la Iglesia lo eleva hoy á sus altares.

Dr. RODOLFO DEL CASTILLO.

CANTARES

En el árbol del amor puso un columpio el dios Baco, y á las primeras mercedes se desbarató los cascos.

En el lago del contento flota una barca vacía; yo soy el solo remero, embarrata, vida mía.

Das cosas está probado que hacen amarga la vida:

Es más fácil que nos quepan los dos pies en un zapato, que conseguir que en paz vivan, si son tantos, dos casados.

Los timbres y las mujeres corren una suerte mixta: á aquellos que más le sirven, esos los inutilizan.

El amor y ciertos guisos, son, por más que se mo diga, aborrecidos, si se calientan; imposibles, si se enfrían.

«¿Qué separa?»—dijo una viuja, en la iglesia, á la mentira. Y ella respondió sonriendo: «Aquí espero á mis amigos que van á hacer-mi diestras diciendo que van á mí».

FIDEL.

UNA ANÉCDOTA DE ARSENE HOUSAYE

En 1875—dijo—mi neta me trajo de Venecia dos de esos pichones legendarios, sombras perdidas en la ciudad de los Dux. Nada podía agradarme tanto; así es que los recibí con placer y con extremos cuidados. Me costó mil francos su jaula. Se amaban con amor tiernísimo; nosotros almorzábamos frecuentemente en el jardín para verlos; pero un día, el bárbaro del criado entra en su jaula y deja la puerta abierta, después de asustarlos á gritos.

El pichón, sin duda un antiguo amigo de aventuras, se aprovechó de la ocasión y salió volando alegre hacia Venecia. La hembra no se había atrevido á seguirle, y temiendo yo que muriese de tristeza, la acaricé y la eché luego al aire en la misma dirección que llevara su compañero; pero volvió á posarse en mi hombro: de nuevo la eché al aire, indicándole su camino; pero ella entonces se metió en la jaula creyendo sin duda que su amoroso volvería.

Pero el pichón no volvió. La hembra se lamentaba y no comía.

La jaula siguió abierta. El sexto día emprendió al fin el vuelo á buscar á su pichón.

Y al día siguiente, á la misma hora que partió la hembra, volvió el macho, enflaquecido y con las alas ensangrentadas.

No había querido el cielo de Venecia sin su compañera.

La acaricé, pero no quiso mis caricias; no podría por mí. Le mostré el camino de Italia; lanzándolo al aire, pero no tuvo fuerza bastante para volver á volar. Extenuado, se dejó caer en un rincón de la jaula, esperando á la hembra.

Esperó un día, dos días; después murió en mis manos.

¿Y ella? Ella no ha vuelto más.

X.

MAZURKA PARA PIANO

PILAR.

POR ANTONIO YGLESIAS.

Musical score for 'MAZURKA PARA PIANO' and 'PILAR'. It includes an introduction and several staves of music with piano and forte markings. The piece ends with 'FIN.' and is attributed to P. S. GONZALEZ, Fomento 20, MADRID.

